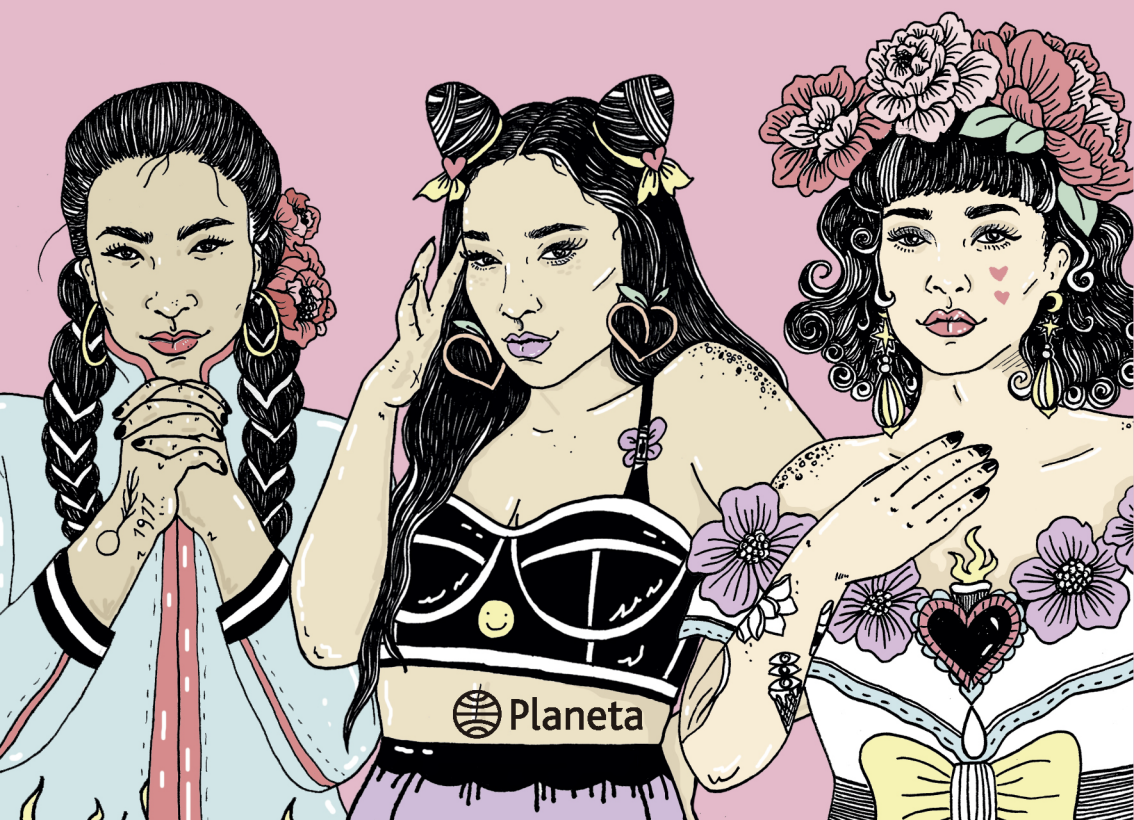




JAVIERA TAPIA

AMIGAS DE LO AJENO

LO QUE ME CONTARON (Y CANTARON)
LAS MÚSICAS CHILENAS





Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2020, Javier Tapia

Derechos exclusivos de edición

© 2020, Editorial Planeta Chilena S.A.

Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso, Providencia,
Santiago de Chile

Ilustraciones: Desobediencia Visual

Diseño: Isabel de la Fuente

1ª edición: abril de 2020

ISBN:

R.P.I.:2020-A-1262

Impreso en: Salesianos Impresores S.A.

JAVIERA TAPIA

AMIGAS DE LO AJENO

LO QUE ME CONTARON (Y CANTARON)
LAS MÚSICAS CHILENAS

Para María Isabel y Susana

*No voy a pedir permiso ni pedir la palabra,
el que quiera escucharme bienvenido en esta sala,
porque es lo que somos no es como debe ser, pero es,
crear es un acto que incomoda.*

“Somos todos erroristas”, ANA TIJOUX

*Esta es una canción dedicada
a todos los que nos odian porque somos mujeres.*

“Mujer”, HORREGIAS

*Las mujeres formamos un hemisferio humano.
Toda ley, todo movimiento de libertad o cultura,
nos ha dejado por largo tiempo en la sombra.
Siempre hemos llegado al festín del progreso,
no como el invitado reacio que tarda en acudir,
sino como el camarada vergonzante.*

“La instrucción de la mujer”, GABRIELA MISTRAL

*Recuerdo bien el día de la gran noticia,
la reina embarazada, qué clase de primicia,
y a mis espaldas yo solo escuchaba
mejor contrato a otro, la tipa está pagada.
No podemos traerla, tampoco invitarla,
como si yo tuviera un virus o estuviera muerta,
qué clase de infelices, yo nací para cantar,
este es mi oxígeno y así me lo querían quitar.*

“Vendetta”, IVY QUEEN

Prólogo

Hace algunos años, mi amiga N me salvó de tener que pedirle disculpas públicas a un abusador y de dar de baja una investigación periodística respecto a violencia de género en la escena independiente de la música chilena. Creo que nadie me ha podido salvar de todo lo que he sentido y aguantado después de esa publicación. No se trata de ser autocompasiva ni tampoco victimizarse. Han pasado tres años y hasta el día de hoy la lógica del rumor aparece y también las amenazas. Por supuesto, como dice Lali en su excelente canción “Boomerang” del 2016, “porque todo de mí hace quebrar tu conciencia, / todo de ti, me hizo perder la inocencia, / dispárame, no dudes más, / esta vez conmigo no podrás”.

| 11

Ese episodio —que para mí está cerrado desde que la Corte Suprema falló a mi favor, pero que cada cierto tiempo intentan reabrir— podría resumirlo con la palabra que usó hace poco un periodista que admiro mucho para referirse al tema: ingrato.

Vuelvo a N.

Además de ser una excelente abogada, N es una extraordinaria cuidadora de gatos y también un buen elemento en mi *feed* de Twitter. En esa red social, tiene un mensaje fijado desde el 30 de enero del 2018. “Lo importante es que todas fuimos salvadas por el feminismo”, dice. Cuatrocientos treinta y tres

corazones, sesenta y dos *retweets*. Me parecen cifras muy pobres ante tanta verdad.

Los feminismos no me alcanzaron a salvar de la violencia, la humillación y el desprecio de mi exmejor amigo abusador, un par de novios y jefes en mi transición de los diecialgo a los veintitodos, pero con el tiempo —aunque lo que más me entregan son preguntas— me ayudaron a ponerle nombre a toda la angustia, a los dolores de estómago y al miedo. A conseguir las herramientas para sobrellevar el pasado, pero también el futuro.

Los feminismos me ayudaron a:

12 | 1. Conocerme en mi oficio. Aun cuando siempre estamos aprendiendo y equivocándonos, logré darme cuenta de que mi perspectiva para desarrollarlo no era errónea por el solo hecho de existir, sino por ser intrusa en un modelo. Cuando lo comprendí, supe que solo tenía que persistir y cultivarlo. Cometiendo errores, mejorando, con un texto pésimo, con otro mejor, pero siempre con respeto a esa labor y a quien se lo merezca. Aprendí que, aunque cada vez hay más similitudes con el Gilead de Margaret Atwood, no tengo que reverenciar nada que se me imponga como lo correcto o como la autoridad. Probablemente mi madre se ría con este párrafo, porque bien sabe que nunca fui muy buena para respetar autoridades. Antes del respeto siempre venía un cuestionamiento.

Me di cuenta de que me encanta la palabra oficio por sobre profesión, porque veo clara la emoción, la intuición y la energía de perseguir un lugarcito pequeño en el mundo. En el oficio está el día a día, la valentía, los problemas y la voluntad de resolverlos aunque no siempre sea para el bien de una. En el oficio está el respeto, la empatía, el trabajo colaborativo y, por supuesto, muchas veces la autoexplotación.



Llevar la contra siempre tiene consecuencias, pero ha sido también mi oficio el que me ha permitido poner en perspectiva cómo existo en este sistema y qué tanto me importan esos desenlaces. Como me decía Ana Tijoux, mientras íbamos en una camioneta por Santiago de noche, “esta hueá del caer bien la instaló la dictadura (...) tus códigos de mierda no me representan”.

2. Dejar de ver a mi madre como “madre” y a mi abuela como “abuela”. Deconstruir esos roles en mi memoria y nuestras biografías. Comprendí en sus aciertos y errores su dimensión de mujeres y, con ello, he resuelto bastantes dilemas existenciales. Entendí que el día a día, el trabajo de cuidados y lo íntimo también son revolucionarios, al contrario de lo que la izquierda machista del siglo xx panfleteaba y panfletea hasta nuestros días dentro de sindicatos, salas de reuniones en disqueras y asambleas universitarias.

| 13

No suenan tan lejanas las melodías que interpretaban en salones privados las mujeres que habían tenido, en pleno siglo xix, el privilegio de estudiar música. A veces pienso que mientras las décadas avanzaban (y avanzan hasta que la emergencia climática lo permita), son ellas quienes, por abajo, suave, bajito, siguen musicalizando nuestras vidas mientras se nos presentaban como oportunidades algunos símbolos dicotómicos, como las minifaldas o la píldora, los techos de cristal, la doble labor. Libertades en lo inmediato, formas de control en lo macro. Con el feminismo aprendí que en lo íntimo, en la casa, en la once, en las teteras de té y en jugar al bachillerato con tu abuela, está también la resistencia.

3. Descubrir cuánto me maltraté a mí misma con ideales de bellezas inalcanzables. Que invalidé mi cuerpo saludable y fortachón, lleno de músculos, porque no se parecía al de la tele

y las revistas. Que intenté complacer a otros antes que a mí misma. Que se me castigó por sentir de una forma muy transparente que para mí era importante buscar placer y mi cuerpo era un espacio fundamental para lograrlo.

Ya llegué a esa edad en la que veo fotografías de cuando tenía quince años y encuentro que era una joven hermosa, tal y como era. Ojalá poder viajar en el tiempo y decírselo a ella. Le diría que sus cejas gigantes son bonitas, que deje de mutilarlas por no ser como las de la mayoría de sus amigas. Que sus pantorrillas y espalda anchas son pura fortaleza, que gracias a eso puede correr, ganar medallas y practicar los deportes que le gustan. Añadiría que siga así, que ocupe esa intensidad en escribir historias, aunque no se las muestre a nadie. Son suyas. Es ella. Y que entienda el valor que existe en que a pesar del paso del tiempo, de crecer, de cambiar certezas a dudas y viceversa, se va a seguir sorprendiendo hasta con los detalles más estúpidos y que eso es bencina para seguir viviendo.

14 |

4. Reafirmar algo que mi madre siempre me inculcó y algo que intuitivamente siempre supe: las otras mujeres no son competencia. Este libro está dedicado a todas esas amigas y compañeras que están y han estado conmigo toda la vida. Son muchas. Todas mis primeras veces de algo, en cualquier ámbito, tienen sus nombres y rostros. Todos los aprendizajes y los excesos. Pero frente a esa idea que ya cultivaba apareció otra, que tiene que ver con momentos grises en las relaciones entre personas y también mujeres. Es en esos vacíos donde entran la empatía y la voluntad. Los feminismos también me enseñaron que las mujeres (atención, shock: incluso las feministas) pueden ser horribles. Intentar borrar un enunciado como ese es perpetuar la idea de la virgen o la perfecta, que cumple estándares inalcanzables. Entendí que la maldad es tan humana

como el amor y la empatía. Borrar a las villanas es también borrar nuestra historia.

5. Vivir constantemente rompiendo burbujas en las que se encierra mi vida. Interseccionalidad como un motor de cuestionamiento constante, como la base para saber que quiero mi vivir con más preguntas que certezas, despertando todos los días sabiendo que me voy a ir a dormir esa noche con al menos una opinión que cambió, con algo nuevo que admirar, con un prejuicio que desechar.

Mi formación musical más contundente ha sido, probablemente, la que va de la mano con mi oficio del registro de la música popular, pues mi acercamiento no solo fue placentero sino también de observación. Muchas reconocen haberse hecho feministas desde organizaciones territoriales, otras desde la academia. Yo reconozco el encendido de esta llamita incandescente en la música. Ella me entregó la posibilidad de poner nombres a las violencias, pero también a mis momentos de felicidad. Ella me reunió también con otras. La música creada por mujeres ha construido mi feminismo durante estos últimos diez años y este libro va de eso. De escucharlas —no oírlas solamente—, de conversar con ellas y encontrar en sus letras y decisiones artísticas algunas metáforas que resuenan en la existencia de otras mujeres, así como se han instalado en mí.

| 15

El primer ejercicio formal para llegar a este libro fue probablemente en el 2010, cuando quise terminar mi carrera de Periodismo con un reportaje en profundidad sobre compositoras chilenas. Mi intuición de aquel momento era que la música compuesta por mujeres era “diferente” y “especial”. ¿Diferente a qué? En ese momento quizás no lo supe definir bien. El periodismo te enseña a sistematizar maneras de escribir, de investigar, de formatear. Pero no te enseña necesariamente a observar

y crear esos mapas que muchas veces son emocionales, sobre todo cuando hablamos de arte. En este caso lo eran, y al mismo tiempo, profundamente históricos.

La música de mujeres, intuía yo, era diferente y especial.

Sí.

Con respecto al canon. Luego lo entendí.

Recuerdo hacer las primeras entrevistas para aquella investigación y ver que algunas se sentían desconcertadas por hablar de “música de mujeres”. Lo entendía, porque probablemente muchas veces se habían visto sometidas a entrevistas llenas de prejuicios, con preguntas que rozaban la burla, mientras se utilizaba ese concepto. También entendía la incomodidad pues, respecto al canon, significaba una forma muy reducida y heterogénea de mirar existencias que en realidad eran universos completos y diversos.

A través de esas primeras preguntas yo también me estaba desprendiendo del canon.

A pesar de criarme con la prensa musical tradicional —a fines de los noventa y la primera década del dos mil se hacía lo que se podía—, tempranamente descubrí, mediante la intuición y mis mapas emocionales, que aquella estructura podía interpretarme en algunos niveles, pero que no terminaba de cerrar. De forma inevitable llegaba a un punto en el que me excluía. Durante el colegio, no logré saber qué era. Estudiando Periodismo, tampoco. Solo lo entendí cuando realmente observé, cuando leí a otras periodistas que vivían muy lejos, en otro contexto y realidad. Cuando escuché otras canciones, compuestas por mujeres con una vida muy diferente a la mía.



¿Cómo era posible sentirme más cerca de ellas que del casete de *Pisagua 1973* de Los Miserables que me regalaron en segundo medio, que escuché hasta destruirlo y que comentaba con amigas? ¿Por qué me sentía una intrusa en las tocatas de *hardcore* de la extinta Laberinto? ¿Cómo amar tanto algo que constantemente me daba indicios de no ser del todo para mí?

Ahora puedo explicarlo.

Tenía que llegar el momento de descubrir que ese canon no era lo universal, sino una estructura más que estaba hecha por y para hombres. Así como los premios literarios para las escritoras, los partidos políticos para las militantes, los contratos de planta para las académicas y las calles oscuras, para todas.

¿Cómo amar tanto algo que siempre en un punto me expulsaba? Eso es lo que quería descubrir con esas primeras preguntas en el 2010, cuando tenía veintidós años. Que el canon en la música y de la forma en la que se escribía de ella eran solo una estructura más del mundo hecho a la medida de los hombres. Todos los ensayos que vienen a continuación parten de esa experiencia. Y es por eso que este libro, al mismo tiempo que resume implícitamente mis procesos de formación feminista, también es un espacio que revela la existencia de estas creadoras en ejercicio a la hora de esta publicación, por lo cual todo es más vertiginoso. Al no ser un trabajo revisionista, todo es latente, sujeto a cambios, pero esos cambios tienen todo el derecho del mundo a ser registrados.

En el 2017 fui muy feliz al conversar con la periodista especializada en música Jessica Hopper. En una entrevista, ella me explicaba que en sus inicios “estaba muy interesada en hacer crónicas acerca de mi participación, sobre mis sentimientos con respecto a algunas bandas, sobre todo aquellas conforma-

das por mujeres, porque a veces la gente que escribía sobre estas bandas lideradas por ellas no entendía el atractivo. No entendía el porqué. Como fan de esas bandas, no reconocía esas perspectivas en lo que leía y sentía que mi entendimiento o mis ideas sobre ellas no estaban escritas en ningún lugar”.

Ahí comprendí mejor lo que tenía dentro desde hacía casi diez años. Y también reafirmé que relatar nuestras experiencias y compartirlas con otras mujeres, también nos forma.

Siempre he dicho que la música escribe, en paralelo, la historia de las sociedades. También es la que empuja cambios. Y creo que las canciones creadas por mujeres relatan esa historia que los diarios, las revistas y los libros se resienten a incluir aún en la segunda década del siglo XXI. Sin sus creaciones, este libro no podría ser escrito y es por y para ellas. Pero también para todas nosotras, porque aunque se supone que es un libro sobre música, esa definición se queda corta. La música me formó en mi oficio, también como mujer feminista, pero este trabajo en realidad es un registro de experiencias, reflexiones que estoy segura de que muchas compartimos en mayor o menor medida. Sé que a pesar de todas nuestras singularidades, hay reflexiones de estas creadoras que nos traspasan. Porque la universalidad nunca nos incluyó. El tiempo también ayuda a entender que está todo bien con no sentirnos especiales. Lo especial es todo lo que nos une.

Este es un libro sobre los puntos en los que se unen nuestras existencias.

